

Conmover el corazón

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ *

A cabo de regresar, otra vez, de Lourdes, el lugar más internacional del planeta. Durante varios días he contemplado detenidamente a tantas personas de todas las razas, de todos los países, de todas las lenguas. Para mí es muy importante asistir a ese espectáculo, fijarme cómo cada persona, llegada de cualquier punto de la Tierra, con su propia biografía inscrita en el rostro tan suyo, reacciona ante lo que le ofrece el Santuario, cuyo lema este año es: *Venez à moi, vous tous qui peinez (Venid a mí todos los que sufrís)*.

Un rostro que se ilumina con los reflejos de las velas, de esas antorchas que portan y elevan —al canto de estribillos— los peregrinos en sus manos durante la procesión de cada noche. Rostros indios, orientales, negros, morenos, castaños, rubios, pertenecientes a las razas de los cuatro puntos cardinales. Y bien, allí todos los rostros son hermosos.

¡Cuánta belleza, Dios mío, a la luz de una misma oración compartida por todos, en las dos procesiones diarias, en la Misa internacional, en la entrañable Gruta, en las tres Basílicas, en la

explanada de los Santuarios! Me emociono siempre que, cuando puedo, contemplo este espectáculo, único en el mundo. La Inmaculada pidió que se fuera allí en procesión; cada año acuden a Lourdes alrededor de seis millones de personas, cuyos corazones se conmueven, cuyas vidas se renuevan en el Santuario, y que regresan a sus países respectivos llenas de paz, de ilusión, de esperanza, y tan poderosamente contribuyen al bienestar de las sociedades a las que pertenecen.

Estoy convencido de que uno de los medios más efectivos que consiguen hacer conmover el corazón de todas aquellas personas es allí la música. ¡Los cantos de Lourdes son magníficos! Maravillosas melodías, voces preciosas, armónicas letras acompañadas del órgano, de la trompeta, a veces también de otros instrumentos musicales. Es todo grandioso, tan conmovedor que hace derramar lágrimas de los multicolores ojos de esas multitudes, de esos rostros transfigurados. Quienes viajan a Lourdes por primera vez hacen ese prodigioso descubrimiento que yo recomiendo vivamente realizar al menos una vez en la vida. Y cuando uno va a Lourdes, quiere volver otra vez, repetir la experiencia, revivir el prodigio. Mientras

* Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación.

tanto se llevan en el corazón, se recuerdan siempre, esas imágenes acompañadas por sus melodías inolvidables.

¡Qué misterio el de la música, ese lenguaje que todos entienden, el que todos captan sin necesidad de traducciones! Repito que no hay otro lugar del mundo tan internacional como Lourdes, donde se hablan tantos idiomas, donde brillan tantos colores distintos de piel. Y sin embargo, allí todos vibran al unísono, sienten y comprenden lo mismo arropados por una música tan maravillosa.

Con razón se ha dicho que la música es divina. Los griegos la consideraban regalo de Dios. Posee una virtud que hace vibrar al hombre, que conmueve a todos los pueblos. Tocando instrumentos, los primeros misioneros del Nuevo Mundo pacificaban, amansaban, se atraían a los conmovidos indios. Tiene la música tal poder evocativo y emotivo, provoca tanta unión espiritual que por eso cada país se identifica con un himno nacional.

Por cierto, desgraciadamente, desde hace unos cuantos años, en los acontecimientos deportivos internacionales se está perdiendo el respeto, la cortesía para escuchar el himno propio, y hasta se llega a abuchear salvajemente la interpretación del ajeno. ¿Pero acaso los himnos no son de todas las personas, de todos los hombres que merecen respeto, no son patrimonio de la humanidad entera? Ante mi televisor, aunque luego lo apague debido a mi escaso interés deportivo, me complace escuchar cada uno de los himnos, pero, desconcertado, al mismo tiempo me inquieta el hecho de esa falta de respeto que se va extendiendo peligrosamente. Me gustan todos los himnos como me gustan todos los países civilizados; guardo la letra de los principales; nuestro dieciochesco himno, de Carlos III, no necesita letra porque es la Marcha Real, interpretada para honrar al Monarca mientras avanza o aparece (se han compuesto algunas letras,

ninguna oficial, como la de Eduardo Marquina o la de José María Pemán; yo, modestamente, soy autor de otra letra, inédita). Quisiera que se corrigieran algunas letras nacionalistas, como aquellos versos sanguinarios y racistas de La Marsellesa reclamando:

*Qu'un sang impur
abreuve nos sillons!*

Pero volvamos a la de Lourdes, que es una música dignísima, acogedora, que ama todas las sangres y a ninguna la considera impura; alegre, solemne y popular a la vez, excelentemente compuesta, interpretada y cantada a la perfección. Según mi parecer, supera a la de Roma, por más que yo considere magníficos los coros y capillas polifónicas del Vaticano. El francés es una lengua admirable, de la que soy entusiasta, y se ajusta muy bien al canto gracias principalmente, pienso, a sus tres clases de "e": muda, cerrada y abierta, así como a la nasalidad de algunas vocales, lo cual permite ondular. Los textos de los cantos de Lourdes pertenecen a la más alta poesía. Solamente cuatro muestras. He aquí los primeros versos de su célebre Ave Maria:

*Ô Vierge Marie,
le peuple chrétien
à Lourdes vous prie;
chez vous il revient.*

Y este estribillo de un canto cuya letra es de Jean-Paul Lécot:

*Vierge de lumière,
tu es le sourire
d'un Dieu qui nous aime,
ô Notre-Dame!*

O este otro interpretado por la voz más preciosa que he escuchado, la del fallecido Paul Décha, composición que no sé por qué motivo ya no se canta ni figura en el repertorio de los Santuarios. Escribo de memoria:

*Ô Mère du Seigneur,
le peuple né de ton coeur
avance en foule vers toi,*

aux sources de sa foi.

Finalmente, después de trece años sin volver a Lourdes, he podido descubrir este año uno nuevo que suavísimamente invita a cantar al corazón:

*Chante, ô ma mémoire,
chante, ô mon coeur,
la gloire du Seigneur!*

Tan admirables son las interpretaciones musicales de Lourdes que, muchas veces, al terminar la Misa internacional o la Procesión eucarística, la muchedumbre estalla en aplausos agradecidos, sonriente, con los ojos llenos de paz y de asombro. Miles de personas quedan conmovidas y quieren mostrar, aplaudiendo fuertemente, su gratitud tras las vibraciones del enorme órgano (regalo de España) de la Basílica subterránea y de las trompetas.

Cuando comparo la música de Lourdes (y, por extensión, la de Francia), la de Italia, la del Reino Unido, la de Irlanda, de Alemania, de Austria, de los Estados Unidos, con la que hoy se interpreta y canta generalmente en las iglesias de España, nuestra situación, salvando las excepciones, resulta lamentable. Cierto que hemos padecido, sobre todo, tres desgracias: la invasión napoleónica, la desamortización y la II República con la guerra civil, que acabaron con tantas capillas musicales excelentes, comenzando por la de Palacio. Sin embargo, podríamos haber renacido con nuevas composiciones y corales dignas, en lugar de lo que predomina: en su mayor parte, nuestros templos son tristes escenarios de una música religiosa cursi, de necia letra, prosaica, mal acentuada, una barbarie promocionada por el negocio de casas discográficas que prefieren un mezquino rasgueo de guitarra a la majestuosidad del órgano y de la trompeta. No quisiera descender a más detalles, pero no puedo dejar pasar el que exprese aquí, con todos mis respetos, la vergüenza que sentí al escuchar en directo por televisión la música interpretada, ante Reyes, Príncipes y Jefes de Estado extranjeros, en los funerales oficiales tras el atentado

del 11 de marzo de 2004. Yo recordaba, como contraste, la dignidad de los coros de RTVE en la Misa del Espíritu Santo al iniciar su reinado Don Juan Carlos o en las tres bodas de sus hijos. Perdóneseme por este desahogo.

Es menester resarcirnos de esa humillación recordando nuestra tradición musical religiosa, tan admirable como olvidada. Para ceñirnos al ámbito renacentista, que tanto me cautiva, la música tuvo particular protección durante el reinado de Isabel I, la cual se esforzó en vencer la barbarie de su tiempo. Según los documentos de Simancas, la Reina tenía en su Corte una capilla musical formada por dieciséis a veinte cantores, y uno o dos organistas, a los cuales se añadían de quince a *veinticinco mozos de capilla*, que ejecutaban la música para voces de su Real Capilla. El Rey Fernando contaba, asimismo, con una capilla compuesta de doce cantores en 1476, de catorce en 1491, treinta y dos en 1508 y siguientes, y cuarenta y uno en 1515, sin contar los niños cantores cuyo número variaba y que no detallan mucho los registros de su Cancillería. Figuraron al frente de ambas capillas los maestros Francisco de Peñalosa, Diego de Contreras, Alfonso del Castillo, Juan de Anchieta y Juan del Encina. Por entonces la Capilla Pontificia de Roma constaba regularmente de pocos cantores, y lo mismo ocurría en la de los Duques de Borgoña y en la Catedral de Cambrai —las capillas más célebres de aquella época—, lo cual muestra la importancia que los Reyes Católicos supieron dar en todo tiempo a la música sagrada de su Palacio. Por eso escribía Andrés Bernaldez a comienzos del siglo XVI, refiriéndose a Doña Isabel: “¿Quién podrá contar la grandeza, el concierto de su Corte, y los prelados y los letrados y el altísimo Consejo que siempre la acompañaron; los predicadores, los cantores, las músicas acordadas de la honra del culto divino, la solemnidad de las misas y horas que continuamente en su Palacio se cantaban?” (*Memorias del reinado de los Reyes Católicos*).

Creo que es urgente que nuestras iglesias se llenen de belleza musical. Ya sé que es muy difícil conseguir el ideal de que todas dispongan de órgano, el rey de los instrumentos, y de organista. Más fácil es la tarea de formar coros en cada una. Sin música, regalo de Dios, don celestial, es rara la experiencia religiosa. Recuérdese lo que cuenta Manuel García Morente, aquello que le sucedió en París escuchando un fragmento de *L'Enfance du Christ* de Berlioz.

Sin buena música, pienso que no puede conseguirse realizar lo que pide aquella invitación del prefacio de la misa: "Sursum corda" (*Levantemos el corazón; In alto i nostri cuori; Élevons notre coeur; Lift up your hearts*).

Pero antes urge la tarea de la educación musical de nuestros niños y jóvenes, tan descuidada en nuestro país a diferencia de otras naciones. Que se les haga escuchar esos tesoros clásicos, ahora tan escondidos para ellos. Que se les enseñe a cantar a varias voces, con suavidad, pero no a gritar creyendo que cantan (y se les enseñe a pronunciar suavemente la "j" o la "g"; me he fijado que de esto saben las casas discográficas, porque intuyo que piden a sus cantantes abandonar la pronunciación áspera de esas consonantes, ya que en oídos extranjeros molesta mucho).

Como se hizo en el Humanismo que dio origen al Renacimiento, reclamo un *dolce stil nuovo* frente a la aspereza actual. Esa dulzura será imprescindible para vencer este embrutecimiento, el de la barbarie de los corazones de piedra. Éstos pueden conmovirse porque, en todas las épocas, la música siempre amansa a las fieras. Hasta los bárbaros que destruyeron el Imperio Romano se amansaron —y se deben amansar los nuevos bárbaros— con ella.